

Historia de México 1
Unidad 1 México Prehispánico (2500 a.C.-1521 d.C.)
OA2 Mesoamérica

Lectura sobre la cosmovisión mesoamericana: Fragmento de Primer Espejo de Pablo Escalante Gonzalbo, En Florescano, E. (2002). *Espejo mexicano*. México: CONACULTA, Fundación Miguel Alemán, FCE. 48-52.



Pintura de los Anales de Cuauhtinchan

“El mundo es así, como lo describe la impresionante pintura de los Anales de Cuauhtinchan: un torbellino de agua y un torbellino de fuego que chocan con fuerza. De esa colisión nacen las flores, el juncal, la arboleda, todo lo que existe. Y entre los seres del mundo aún puede adivinarse que hay quienes guardan una parte mayor de algunas de las fuerzas primarias: quiere decir que en el hombre hay más fuego; lo hay también en el águila, en la flor, en la mañana y el número trece. Y hay más del agua en el coyote, en el jaguar en los gusanos, en la mujer, y en la luna.

El dualismo de la cosmovisión mesoamericana difiere del judeocristiano en un dato fundamental: en Mesoamérica los dos opuestos son necesarios y la salud y la vida requieren de su confluencia incesante. El triunfo definitivo de una fuerza sobre la otra equivaldría a la quietud, extinguiría la existencia. Sin duda por eso los hombres del México Antiguo esperaban con zozobra la salida del sol en la fiesta del Fuego Nuevo. El triunfo de las fuerzas nocturnas y el triunfo de las diurnas, así como el triunfo de la sequía y de la humedad, debían ser parciales y nunca definitivos. Cuando el sol llega a su cenit su fuerza es portentosa: ni siquiera ese fragmento de nocturnidad que son las sombras proyectadas por los objetos puede percibirse claramente, pero un instante después las sombras empiezan a crecer hasta que vuelve la noche.

Con ese encuentro cósmico al fondo, dos hombres juegan a la pelota; un juego en el cual la cancha es un diagrama del plano terrestre y la pelota emula al sol en su cotidiano ascenso y descenso. Paradójicamente, el hombre mesoamericano vive consciente de que el mundo es recorrido por fuerzas de una magnitud inaudita pero constantemente busca intervenir en su flujo. El ritual mesoamericano es la historia de ese empeño: el afán de empujar o detener, de nutrir o extinguir; el afán de participar en el juego con una desventaja manifiesta.

(...)

El hombre mesoamericano no se concibe separado de las plantas y las bestias. La oposición entre cultura y naturaleza es sin duda un artificio desconocido en su mundo. Además de la cercanía con la tierra y el campo, propia de una civilización agrícola, las imágenes y los relatos de la antigüedad mexicana muestran al hombre frecuentemente rodeado de atributos animales, y a los animales imbuidos de la humanidad. Los tlacahuaches y los coyotes caminan erguidos por las páginas de los códices y no es extraño ver un ave que porta un estandarte o un mono que carga una vasija. Más allá de la antropomorfización de la fauna en el arte, la creencia de que los hombres podían realmente introducirse en el cuerpo de un animal y actuar desde su interior estuvo ampliamente extendida en Mesoamérica: los nahuas llamaban nahualli, nahual, al hombre cuya fuerza espiritual y sabiduría mágica le permitía abandonar su forma humana y tomar

la de un animal. También los mayas y otros grupos creían en la capacidad de sus brujos y sus señores para actuar dentro de las ferias.

El poder del hombre mágico transmutado en jaguar infundía temor, especialmente en la noche, pero también infundía respeto y podía permitir a un soberano comunicarse con lo sagrado y proteger a su gente. Con la fuerza de los jaguares, los soberanos de la era olmeca tendían su zarpa vigilante, lo mismo en el Grijalva que en el Amatzinac o en el Balsas. La feroz protección de hombres jaguar no cesó en 2500 años. Incluso después de la conquista, era creencia de los indígenas que algunos jaguares acechaban a las caravanas de comercio para atacar a los españoles y dejar intactos a los nativos.

Sin poseer la fuerza portentosa del nahual, era posible apropiarse del destino y los rasgos de un animal vistiendo con las partes de su cuerpo, con su piel o su plumaje. Pocos pueblos de la historia –si acaso alguno- han tenido la inclinación de los mesoamericanos por el vestido y el tocado de plumas. Los reyes hacían su figura esbelta y magnífica con tocadas de quetzal y guacamaya; las víctimas sacrificiales acudían a la muerte cubiertas de plumas; los voladores descendían de lo alto de un poste, atados de los tobillos y describiendo una gran espiral, mientras agitaban sus amplias alas.

Las aves, y especialmente el águila, eran vistas como representantes de una de las mitades del cosmos: eran del fuego, del día; los jaguares, por su parte, eran del agua y de la noche. Durante los últimos 800 años de su historia, los pueblos mesoamericanos parecen haber preferido la lucha entre el águila y el jaguar como metáfora de la confrontación cósmica. Y, simultáneamente, instituyeron la imagen de ambos animales como símbolo de la guerra. El formidable mural de la batalla, en Cacaxtla, es una alegoría, lúcida e intensa, del conflicto entre la estación de la sequía y la estación de lluvias; los guerreros-jaguar someten e hieren mortalmente a los guerreros-ave: vienen las lluvias. Sin embargo, una de las aves del mural permanece de pie, ilesa: recordemos que ninguna de las fuerzas triunfa definitivamente sobre la otra.”